

...con las REVISTAS

EL CIERVO

Febr. 1958, núm. 62. L. Gomis, El juego de saber lo que se piensa.

Este CIERVO de febrero viene a nosotros muy urbanizado. Huele a cal y azulejos. Casi trae fachada. Trae también esquemas y trazados de distintos colegios. Pero, sobre todo, trae seis perplejísimas cuestiones de seis familias que se ponen ante los ojos el "agudo panorama" de elegir colegios.

Yo, amigo Gomis, me apunto al número 7 del cuestionario. Quiero decir que me coloco en un plano diverso, y éste pudiera ser uno más. Me instalo en el plano de esa familia que escoge para su chico cualquier centro de enseñanza. Es indiferente por ahora: (Colegio, Instituto, Academia), pero una familia que no busca ese centro de enseñanza como alivio de cargas ("los niños cansan mucho"), ni como fuga ("los niños estorban planes").

De aquí hay que partir. El colegio hay que elegirlo. Más o menos, todos pesan sobre el balance económico del año. Si son seculares o son religiosos, eso dependerá de clima familiar, relaciones, costumbres, etc. Lo importante es que esa familia esté dispuesta a no declinar toda la carga en el centro de enseñanza y a saber respetar también lo que allí se esté elaborando.

La formación del chico será una resultante de lo que asimile en el centro y de lo que le den en casa. Y ya digo, no valen fugas. Porque es cómodo y más frecuente de lo que se piensa, el desentenderse del chico cuando amanece octubre, bajo el rótulo de que "para algo se paga un colegio". Ante una actitud de este tipo, todo cuanto se intente en el colegio caerá en el vacío.

Queda otra actitud más alentadora: poner al chico metas concretas, animar, sancionar, comentar oportunamente los informes o notas, estimular con resortes efectivos, etc., siempre en inteligencia con los hombres que le forman. En una palabra: seguir de cerca lo que allí se va fraguando.

Nunca una formación *exterior a la familia* —por muy esmerada que se quiera— podrá suplir totalmente la carga humana de los padres por lo que esto tiene de psicológico y efectivo. (Hablo naturalmente de una familia no inepta en forma invencible).

Sólo cuando se ha mantenido esta actitud, se pueden pedir responsabilidades al centro de enseñanza o dedicar un rato al deporte de las lamentaciones.

He vivido escenas de colegio durante diez años y hay de todo. Desde el padre "pletórico de optimismo" que corta lágrimas de suspensos intermi-

tentes a fuerza de billetitos de banco, porque "hay que darle humor a la vida", hasta madres que esconden las notas del chico para que no las vea el progenitor de la casa, "ya que el pobre tiene tantos quebraderos de cabeza allá en la oficina"... Por lo demás, el chico irá el domingo al fútbol y al cine para que "no se note", aunque el pobre lleve una cara de recluta delincuente porque al fin y al cabo, lleva por dentro la tragedia de su pantomima y aún no es tan consumado actor como su encantadora madrecita.

No, Gomis. Esta familia —a la que llamaremos González para entendernos— no debe sentir esas tremendas perplejidades ante la aventura de elegir colegio. Y la actitud de esta familia es tan frecuente en nuestra querida patria como el apellido con que la hemos bautizado: González, eso es. ¡Ah! Y póngame en el apartado número 7.

Julio Osorio, S. J.

SUPPLEMENT DE LUMEN VITAE

Vol. XII, 1957, n.3. Le catéchuménat, oeuvre d'Eglise.

Un toque de atención a nuestra vida de cristianos ha dado el tercer suplemento de la revista LUMEN VITAE: Aborda el tema del catecumenado. Jules Gerard-Libois, en su cuidada introducción, ha desdoblado el interés de su estudio al aclarar ideas sobre la instrucción de los catecúmenos, al paso que nos hace reflexionar seriamente en nuestra misión de miembros de la Iglesia.

"El problema institucional del catecumenado no debía hacernos olvidar el problema de su contenido (...) No es solamente instrucción. Es igualmente una vida comunitaria en un clima cristiano, iniciación vital a la Liturgia y a la Escritura, una educación de la fe, de la esperanza y de la caridad (...) Que advierta sus responsabilidades de testigo y miembro de una Iglesia Jerárquica y Apostólica (...) Inquietud de verdad. Respeto a la persona y al Espíritu de Dios que obra en las almas. Todo esto exige se dé primacía al ser sobre el parecer, a la vida interior sobre las exterioridades (...)"

Un poco nos ha temblado la mano mientras transcribíamos estas líneas. Se habla para los catecúmenos, y ¿no tendríamos que hacernos estas reflexiones los que desde siempre hemos pertenecido a la Iglesia? Cita LUMEN VITAE una encuesta que achaca la no perseverancia de muchos convertidos al no haber encontrado una *comunidad cristiana* que los reciba. Convendría profundizar hasta hacer pie en el sustantivo y en el adjetivo: porque es fácil plantearse el problema, vislumbrar una solución y despreocuparla por manida. Tal sería, si quisiéramos volver a un cristianismo primitivo (cuando unas exigencias sociales pedían una marcada unidad en sus miembros). Y no es que cerremos los ojos a sus ventajas, pero nuestra vida de intereses (sociales, económicos, políticos, familiares, culturales) nos aleja sin más, aunque, tal vez, un sincero examen rectificase muchas de nuestras posiciones. Pero la vida es la vida: con esto nos encontramos, con ello hemos de vivir.

Más importancia tiene cuidar esa vida comunitaria en su espíritu: "Que el ser domine al parecer, la vida interior sobre las exterioridades". Lo que se pide a quienes entran en la Iglesia debe ser una exigencia para